CAPÍTULO UNO

El día en que Hiba dejó de fingir que todo estaba bien

Hiba aprendió muy pronto a hacer como que no pasaba nada.

Como que no pasaba nada cuando sentía que el aire se volvía más pesado de golpe.

Como que no pasaba nada cuando tenía la certeza absurda de que algo iba a ocurrir antes de que ocurriera.

Como que no pasaba nada cuando soñaba lugares que no existían… y luego los dibujaba sin saber por qué.

La gente llamaba a eso imaginación. Hiba lo llamaba supervivencia.

Vivía en un piso normal, en un barrio normal, con rutinas normales que parecían hechas para que nadie pensara demasiado. El instituto, las clases eternas, profesores que hablaban como si el mundo fuera simple. Ella asentía, tomaba apuntes, y guardaba silencio.

Porque cuando Hiba hablaba de más, las cosas se torcían.

Esa tarde estaba sola en casa. Sus padres llegarían tarde, como casi siempre. La lluvia golpeaba las ventanas con un ritmo constante, casi hipnótico. Hiba estaba sentada en su habitación, en el suelo, con la espalda apoyada en la cama y un cuaderno negro sobre las piernas.

No era un cuaderno bonito. No tenía frases motivadoras ni pegatinas. Solo tapas oscuras y hojas llenas de su letra.

Ese cuaderno no lo enseñaba a nadie. Nunca.

Pasó páginas sin leerlas de verdad. Frases sueltas. Dibujos extraños. Palabras que no recordaba haber pensado, pero que eran suyas. Todo hasta llegar al final.

Ahí fue cuando se quedó quieta.

La última página estaba escrita.

Y ella sabía, con una claridad incómoda, que no la había escrito.

El umbral se abrirá cuando ella deje de huir.

Hiba frunció el ceño. Leyó la frase otra vez. Y otra.

—No —dijo en voz baja—. Esto no.

Cerró el cuaderno de golpe, como si así pudiera borrar la frase. En el mismo instante, la luz de la habitación parpadeó… y se apagó.

Silencio total.

Ni el zumbido del cargador. Ni el ruido lejano del ascensor. Nada.

—Genial —murmuró—. Perfecto timing.

Se levantó para buscar el móvil. La pantalla no se encendió. Sin batería. Otra maravilla.

Entonces lo oyó.

Un sonido seco.

Tac.

Venía del pasillo.

Hiba se quedó quieta. No porque creyera en fantasmas. Sino porque ese sonido no encajaba con nada de su casa. No era un paso. No era una puerta. Era… demasiado preciso.

Abrió la puerta de su habitación despacio.

El pasillo estaba mal.

No roto. No oscuro. Mal.

Parecía más largo de lo normal. Las paredes se estiraban ligeramente, como si alguien hubiera cambiado las proporciones sin avisar. La puerta del salón estaba demasiado lejos. Y el aire… el aire se sentía distinto, como antes de una tormenta fuerte.

—Estoy cansada —se dijo—. Solo eso.

Avanzó un paso.

El suelo crujió de una forma que no recordaba. Más profunda. Como si el piso tuviera algo que decir al respecto.

Y entonces la vio.

Una puerta que no existía.

Estaba al final del pasillo. De madera oscura, antigua, con símbolos grabados que parecían moverse cuando intentaba enfocarlos. No tenía pomo. Solo una línea brillante en el centro, vertical, perfecta.

Hiba sintió un nudo en el estómago.

No miedo.

Reconocimiento.

—No —susurró—. Tú no estabas aquí.

La línea empezó a brillar más.

La puerta se abrió sola, sin ruido, como si el sonido fuera un privilegio que no se merecía. De dentro salió un aire helado que le erizó la piel. Y voces. Muchas. Superpuestas. Imposibles de distinguir.

Has tardado.

Hiba dio un paso atrás y chocó con la pared. El cuaderno se le cayó de las manos. Al tocar el suelo, se abrió solo, como si supiera lo que hacía.

Una página nueva.

Escrita con su letra.

Capítulo uno: Hiba cruza el umbral.

—Yo no escribí esto —dijo, con la voz temblándole—. Te lo juro.

La puerta terminó de abrirse.

No había una habitación al otro lado. Había oscuridad profunda, salpicada de luces lejanas, como estrellas rotas. El espacio parecía infinito y demasiado cercano a la vez.

Y entonces llegó la sensación.

No una voz.

No una imagen.

Una certeza directa en su mente.

Si no entras ahora, ya no podrás volver.

Hiba pensó en su vida. En lo predecible. En lo segura que era, incluso cuando se sentía vacía por dentro. Pensó en todas las veces que había fingido que no pasaba nada.

Pensó en el cuaderno.

En las frases que se cumplían.

En que quizá nunca estuvo huyendo del peligro… sino de la verdad.

Se levantó.

Le temblaban las piernas, pero no se detuvo.

—Vale —dijo, respirando hondo—. Pero como esto sea una locura cósmica, quiero explicaciones.

Dio un paso al frente.

Y cruzó el umbral.

La puerta se cerró detrás de ella.

Y el mundo que conocía dejó de existir.